

De la autora de *Mi compañero de piso es un vampiro*

JENNA LEVINE

MI CITA ES UN
VAMPIRO

Amor
al primer
bocado



CONTRALUZ

MI CITA
ES UN

VAMPIRO



JENNA LEVINE

Traducido del inglés por
Leire García-Pascual Cuartango

CONTRALUZ

Título original: *My Vampire Plus-One*

Todos los derechos reservados incluido el derecho a reproducción total o parcial en cualquier forma. Ninguna parte de este libro debe ser usada o reproducida de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra está reservada frente a la minería de textos y datos (artículo 4, apartado 3, Directiva (UE) 2019/790).

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Random House Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2024 by Jennifer Prusak

© de la traducción: Leire García-Pascual Cuartango, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 979-13-87810-03-0

Depósito legal: M. 13.258-2025

Printed in Spain

Para los Muppets del Caos

UNO



*Texto en Comic Sans en rojo encontrado
en una antigua web de GeoCities*

CUALQUIER INFORMACIÓN CON RESPECTO A:

DELINCUENTE
MENTE MAESTRA VAMPÍRICA
TIPO TERRIBLE
QUE SALGA A LA LUZ

POR FAVOR, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO DE
INMEDIATO A ELCOLECTIVO_1876@HOTMAIL.COM

AMELIA

Desde que empecé a trabajar como contable, a mis amigos y familia les gustaba burlarse de mí con eso de que «lo único que está totalmente asegurado en esta vida es que algún día morirás y que, hasta que ese momento llegue, te toca pagar impuestos».

Aunque, claro, después de oír la bromita por enésima vez, dejaba de tener gracia. Para mí, una mujer de treinta y cuatro años que trabajaba como auditora de cuentas y que estaba a punto de convertirse en socia de una gran empresa de contabilidad, lo único *verdaderamente* seguro en mi vida eran la adicción incurable a la cafeína que desarrollaba durante todas las temporadas de impuestos y mi familia, que, aunque en su mayoría bienintencionada, siempre andaba dándome la lata por lo que había decidido hacer con mi vida.

Poca gente comprendía que me encantaba mi trabajo. Me encantaba que el Código de Impuestos Internos tuviese tanto sentido y que siempre diera la respuesta correcta si sabías qué preguntar. La fiscalidad era un trabajo complejo, pero también era limpio, ordenado y coherente, como pocas cosas en esta vida.

Pero, sobre todo, lo que más me gustaba era que se me daba genial. Era muy difícil superar el placer que sentía al saber que muy pocas personas podían hacer ese trabajo tan bien como yo.

Pero la noche en la que mi mundo se puso patas arriba, no pude evitar cuestionarme todas y cada una de las decisiones que había tomado hasta ese momento, aquellas que todavía recordaba. Estábamos en plena temporada de impuestos, que siempre había sido la época más complicada para mí, pero ese año fue incluso peor que de costumbre. Sobre todo por culpa de uno de mis clientes, que parecía sacado de la peor de mis pesadillas.

La Fundación Wyatt tenía el mayor presupuesto de todas las organizaciones con las que había trabajado. Y,

como muestra de confianza de Evelyn Anderson, la socia de Butyl & Dowidge a la que casi siempre me tocaba informar de mis progresos, me estaba ocupando de ese cliente yo sola. Esa era la buena noticia. La mala era que, a las pocas horas de haber recibido el informe financiero, me quedó bastante claro que Wyatt era el cliente más desorganizado que me habían asignado en toda mi vida.

La Fundación Wyatt era, por usar un término que no tenga nada que ver con el Código de Impuestos Internos, un desastre total. Al parecer, los miembros de su junta directiva no tenían ni idea de cómo dirigir una organización sin ánimo de lucro, y su director financiero parecía incapaz de seguir hasta las directrices más sencillas del mundo. Llevaba días mandándome nuevos documentos e informes, algunos de los cuales eran registros del Servicio de Impuestos Internos de años anteriores, unos que ya le había dicho que no me servían para nada, y muchos de ellos no cuadraban con el resto de las declaraciones fiscales que me habían mandado.

Tenía menos de tres semanas para terminarlo todo y presentar todas las declaraciones de la Fundación Wyatt. Por no hablar de las del resto de clientes, de las que tenía que ocuparme y que estaban empezando a acumular polvo sobre mi escritorio por falta de atención.

Se me daba muy bien trabajar duro. Pero, aunque fuese contable, seguía siendo *humana*. Y estaba a punto de llegar a mi límite.

Echaba de menos pasarme horas y horas bailando en mi apartamento de Lakeview al son de las canciones de Taylor Swift. Echaba de menos pasar tiempo con Gracie,

mi gata arisca. Pero, sobre todo, echaba de menos mi cama. Principalmente porque llevaba demasiadas noches sin dormir más de siete horas seguidas en ella.

Aquella mañana había salido de mi apartamento al amanecer para ponerme al día con el resto de mi trabajo antes de que llegasen las misivas diarias de Wyatt. Y llevaba tanto tiempo absorta en la hoja de cálculo de Excel que, cuando mi teléfono comenzó a vibrar al recibir toda una ristra de mensajes, casi me caigo de la silla del salto que pegué.

Rebusqué en el interior de mi maletín hasta encontrarlo y después cogí las gafas y me las puse a todo correr. Me las había quitado hacía unas horas, porque fijar la mirada en la pantalla del ordenador durante demasiado rato hacía que empezase a ver borroso. Tenía que pedir cita en la óptica urgentemente, pero eso tendría que esperar a que acabase la temporada de impuestos. Al igual que el resto de las tareas de cuidado personal que llevaba semanas posponiendo.

Esbocé una sonrisa de oreja a oreja al ver que me había escrito mi mejor amiga, Sophie. Llevaba dos semanas pasándose por mi apartamento todas las noches para darle de comer a Gracie y recogerme el correo mientras yo trabajaba de sol a sol.

SOPHIE: He dado de comer a la reina Gracie y te he dejado el correo en el mismo sitio de siempre, sobre el recibidor

SOPHIE: Ah, y Gracie me ha pedido que te pregunte si te queda mucho para volver a casa

SOPHIE: En idioma gatuno, claro está

SOPHIE: Le preocupa que te estés esforzando demasiado

Esbocé una sonrisa. Sophie era genial. Le eché un vistazo al reloj del ordenador y me di cuenta de que ya eran las seis y media de la tarde.

«Mierda».

Si no quería llegar tarde a la cena mensual con mi familia, tenía que salir de la oficina en diez minutos. Y no estaba ni cerca de acabar todo lo que tenía que hacer.

AMELIA: En realidad hoy me toca cenar con mi familia

AMELIA: ¿Te importaría pedirle perdón a Gracie por mí?

SOPHIE: A ver... Estoy segura de que te perdonará

SOPHIE: Es una gata

SOPHIE: Pero yo no soy una gata y me preocupa lo tarde que estás saliendo últimamente de trabajar

SOPHIE: ¿Estás bien?

«No mucho», pensé. Pero no quería desahogarme con Sophie solo para quitarme algo de estrés de encima. Por-

que, además de ser madre de dos pequeños gemelos, su marido, que era abogado, llevaba tres semanas en San Francisco por culpa de unos juicios. Sophie sabía perfectamente que existían ciertas ridículas exigencias de la vida capaces de consumir por completo el poco tiempo libre que teníamos, así que tampoco hacía falta que le robase más horas para quejarme de lo estresada y agotada que estaba.

AMELIA: Estoy bien. Lo que pasa es que estoy muy
ocupada

AMELIA: Dile a Gracie que volveré a casa para
las 9:30

AMELIA: Por favor, dale mimitos de mi parte y dile
que lo siento

SOPHIE: ¿Vais a ir a cenar a algún sitio donde
vayas a poder comer algo esta vez?

AMELIA: Hoy vamos a un italiano, así que eso espero

Llevaba siendo pescetariana desde que empecé la universidad y durante el máster desarrollé intolerancia a la lactosa, así que tampoco consumía lácteos. Sin embargo, desde que nacieron las gemelas de mi hermano Adam, ocho años atrás, siempre que nos juntábamos a comer, mis necesidades dietéticas pasaban a un segundo plano en el mejor de los casos. Y, como los hijos de Adam todavía

eran demasiado pequeños, solo podíamos elegir restaurantes que tuviesen menú infantil y con un alto nivel de ruido de fondo para no molestar al resto de comensales. Y a papá le gustaba demasiado la carne roja como para permitir que fuésemos a cualquier restaurante que no tuviese al menos un plato de ternera en el menú.

Pero no me importaba, de verdad. Yo era la única de mi familia que seguía soltera. Y tampoco tenía hijos. Por eso, para complacer a los demás, siempre que nos reuníamos daba mi brazo a torcer y aceptaba lo que quiera que los demás hubiesen elegido sin rechistar. Quizás lo hacía porque era la hija del medio, pero, desde que tenía uso de razón, siempre había intentado dar los menos problemas posibles a los demás. A veces tenía suerte y mis padres optaban por un restaurante italiano donde hubiese al menos un par de opciones de pasta sin carne y sin queso, como aquella noche. Pero, si no tenía esa suerte, tenía que esperar a llegar a casa para cenar algo.

Como si fuese una señal, mi estómago eligió justo ese mismo instante para rugir con todas sus fuerzas.

SOPHIE: Bueno, pues yo he pillado algo de comida china para los niños. Se están poniendo un poco pesados, así que me los voy a llevar ya a casa, pero te dejaré las sobras del lo mein vegetariano en la nevera por si acaso.

AMELIA: Eres la mejor, Soph

AMELIA: ¿Cuándo vuelve Marcus de San Francisco?

SOPHIE: Tiene el último juicio el jueves

SOPHIE: Así que el viernes ya estará de vuelta

SOPHIE: O eso SE SUPONE

AMELIA: Deberías ponerlo a cambiarles los pañales a los gemelos durante al menos una semana cuando vuelva, para compensar

SOPHIE: Oh, le voy a poner a cambiarles los pañales durante un mes entero

Esbocé una sonrisa mientras observaba la pantalla de mi teléfono, agradecida. Con suerte, Sophie podría recuperar algo de tiempo para sí misma cuando Marcus volviese por fin a casa. Siempre era tan generosa con los demás, incluyéndome a mí, que ella también se merecía recibir esa clase de generosidad de vez en cuando.

AMELIA: Gracias, Soph

AMELIA: Eres la mejor

AMELIA: Cuando se acabe la temporada de impuestos, prometo invitarte a una cena elegante y no pienso aceptar un no por respuesta

Lo más probable era que la cena con mi familia durase hasta las nueve, y no creía que después de eso tuviese

fuerzas para volver a la oficina. Me guardé los últimos informes de Wyatt en el maletín y me prometí a mí misma que los terminaría de revisar cuando volviese a casa.

La planta treinta y dos seguía siendo todo un hervidero de actividad cuando me encaminé hacia el ascensor. Intenté por todos los medios que no me sobrecogiese la culpa que sentía por irme a una hora que sabía perfectamente que muchos de los socios de la empresa considerarían «demasiado temprano».

Porque, si me quedaba trabajando hasta tarde ese día, estaría dándole plantón a mi familia. Y otra clase de culpa muy distinta acabaría arruinándome la noche.



El sistema de calefacción de mi edificio siempre estaba activo, pero en invierno hacía un frío que pelaba en el vestíbulo por culpa de los enormes ventanales que iban desde el suelo hasta el techo. Y aquella noche no era una excepción. Aun así, parecía que fuera la temperatura era más baja, si cabe. Al otro lado de las puertas giratorias del bloque, los peatones caminaban ligeramente encorvados, como suele ocurrir cuando la gente intenta llegar a tiempo a su destino pero hace muy mal tiempo en la calle. Hacía un par de días había llegado una horrible ola de frío de principios de primavera, de esas que hacían que me preguntase por qué mis tatarabuelos no habían escogido mudarse a California en vez de a Chicago cuando llegaron a Estados Unidos. En los días anteriores se habían acumulado unos cuantos centímetros de nieve en

las aceras que impedían que los peatones las recorriesen con normalidad.

Me ceñí un poco más el abrigo negro de plumas y saqué los finos guantes de cuero que siempre llevaba guardados en los bolsillos. La parada del metro estaba a tan solo un par de calles, así que, aunque hiciese tanto frío como sospechaba, solo serían un par de calles, podría hacerlo.

Me preparé mentalmente justo antes de empujar la única puerta giratoria que seguía abierta a esas horas y salí a la carrera al aire gélido de la noche...

Estaba tan centrada en lo culpable que me sentía por todo el trabajo que me había dejado sin hacer y dándole vueltas a que, además, lo más probable era que fuese a llegar tarde a la cena familiar *otra vez* y a cómo podría compensarle a Sophie que me hubiese vuelto a traer lo mein para cenar por si no podía comer nada con mi familia, a pesar de que yo llevaba unas cuantas semanas siendo una amiga de mierda, que no vi al tipo con el sombrero de fieltro negro y la gabardina azul que iba literalmente corriendo por la acera hasta que se estrelló contra mí.

—¿¡Pero qué...!?

Con el impacto se me cayeron todas las cosas. El maletín, los guantes que había estado a punto de ponerme, el estrés con el que llevaba cargando todo el día como una bola de acero en la boca del estómago...; todo acabó sobre la acera helada. Y, con el golpe, los documentos que había guardado hacía tan solo un momento dentro de mi maletín se desparramaron por el suelo, aterrizando sobre un charco de agua helada.

Fulminé con la mirada al tipo que se acababa de chocar conmigo.

—¿¡Pero qué cojones haces!?! —le espeté.

—Lo siento. —Llevaba el sombrero de fieltro tan calado a la cabeza que le ocultaba la mayor parte del rostro y, a pesar de que acababa de disculparse, no parecía precisamente arrepentido. De hecho, sonaba distraído y se le notaba tenso, como si todo su cuerpo se estuviese preparando para saltar, como si solo fuese cuestión de segundos que echase a correr en la misma dirección en la que iba antes de chocarse conmigo.

—No creo que lo sientas —murmuré.

El tipo bajó la mirada a mis pies, donde todas mis cosas yacían desperdigadas sobre la acera, y entonces fue como si, por primera vez, se diese cuenta de que se me había caído todo por su culpa. El charco se había encargado de arruinar los informes financieros de Wyatt, ahora todo estaba empapado y sería imposible de leer. Iba a tener que volver a subir al despacho e imprimirlo todo de nuevo, y no tenía tiempo para eso.

Ay, Dios, ¿y si se me había roto el portátil por el golpe? Recogí mi maletín a toda prisa y volví a guardar todo dentro antes de asegurarme de que mi MacBook seguía en perfecto estado. Por suerte, parecía que no le había pasado nada.

—Sí que lo siento —repitió el tipo—. Pero, oye, como ya me has retrasado un minuto y voy a llegar tarde por tu culpa, ¿podrías hacerme un favor?

Menuda cara que tenía ese tipo. ¡Si podría haberme roto el ordenador!

—¿Tú me estás pidiendo a mí que te haga un favor?
—Estaba a punto de decirle por dónde podía meterse ese «favor»...

Pero entoncesladeó la cabeza hacia la derecha al mismo tiempo que su sombrero de fieltro se deslizaba hacia atrás, y por fin pude verle la cara.

Las palabras se me quedaron atoradas en la garganta.

A lo mejor el estrés de haber pasado tantas noches consecutivas trabajando hasta tarde en la oficina me estaba empezando a pasar factura. Tenía que ser eso. O quizás era porque llevaba más de un año sin salir con nadie, ni siquiera para pasar el rato. Y ya no hablemos de tener algo serio con alguien..., de eso habían pasado ya más de cinco años. Sea por el motivo que fuese, en ese momento, aquel hombre me pareció mucho más atractivo de lo que tenía derecho a ser, dadas las circunstancias. Era bastante alto, lo más probable era que midiese casi un metro noventa, aunque yo tampoco es que fuese bajita, que digamos, y por eso (y por cómo había llevado puesto el sombrero hasta ese momento) me había costado verle la cara. Pero ahora que *podía* verla...

Tenía unos pómulos altos y angulosos. Una barbilla fuerte cubierta por una barba rubia oscura de al menos tres días. Unos ojos claros que parecían, dada su tez clara, de un imponente azul cerúleo. Aunque la mayor parte de su rostro seguiría medio oscurecida bajo las sombras que proyectaba su sombrero incluso aunque se lo hubiese echado hacia atrás, así que no podía saber si realmente eran de ese color o no.

Siempre me habían gustado los rubios de ojos azules, algo que a veces me había hecho tomar decisiones de las que más tarde me había arrepentido. Sobre todo cuando dicho rubio de ojos azules venía acompañado de unos hombros anchos y una cintura estrecha.

Como el señor Imbécil del Sombrero de Fieltro allí presente.

El hecho de que pudiese ver que llevaba una camiseta de manga corta negra debajo de la gabardina azul en la que ponía «CULPA A BEZOS» en letras rojas y chillonas, así como una falda rosa larga y de cuadros que desentonaba con su abrigo y el sombrero, tampoco hizo que me pareciese menos atractivo. De hecho, no hizo más que realzar el aspecto de vagabundo a lo Chris Pine que tenía.

Cerré los ojos con fuerza y sacudí ligeramente la cabeza para tratar de volver a centrarme. Dios, necesitaba urgentemente unas vacaciones. En cuanto acabase la temporada de impuestos iba a comprarme un billete de avión al primer lugar cálido y soleado que encontrase.

Aparté la mirada de su rostro. Aquello era ridículo. Yo estaba siendo ridícula.

—No pienso hacerte ningún favor —logré responder de alguna manera.

—Por favor —me imploró. El deje distraído que había tenido antes su voz desapareció por completo, dejando tras de sí una urgencia desmedida que me sorprendió—. Te prometo que no te tomará mucho tiempo. Por favor..., ¿podrías reírte? Como si estuviésemos en medio de una conversación cualquiera y yo te acabase de contar algo graciosísimo.

Me quedé mirándolo fijamente, aturdida por esa absurda petición, y más viniendo de parte de un desconocido.

—Disculpa, pero... ¿qué?

—Estoy tratando de evitar a un par de personas. —Bajó la voz hasta que no fue más que un susurro grave antes de seguir hablando, apresurado. Como si se estuviese quedando sin tiempo y tuviese que soltarlo antes de que fuese demasiado tarde—. Estaba intentando esquivarlos cuando yo..., cuando nosotros... —Barrió el aire con las manos a nuestro alrededor y después señaló los documentos empapados que yacían a mis pies.

—¿Me estás diciendo que casi me atropellas porque estabas tratando de evitar a alguien? —Era absurdo. Aunque eso explicaría por qué estaba corriendo como un loco por una acera helada a las seis y media de la tarde de un jueves cualquiera. A pesar de mi buen juicio, no pude evitar preocuparme. Estaba claro que aquel tipo era más que un desconocido cualquiera. ¿Y si estaba metido en problemas?

Como si pretendiese asegurarme que me estaba diciendo la verdad, echó un vistazo a su espalda antes de sacudir la cabeza frenética y bruscamente. Cuando se volvió de nuevo hacia mí, sus ojos refulgían con lo que parecía auténtico pánico.

—Lo siento, ahora mismo no puedo explicártelo mejor. Pero ¿podrías... reírte? Así a lo mejor piensan que llevamos un rato enfrascados en una conversación de lo más emocionante, que quizás no soy yo el hombre al que están buscando y tan solo... pasen de largo. —Hizo una pausa y se mordió el labio inferior con fuerza, observán-

dome atentamente mientras mi rostro se tornaba en uno de auténtica sorpresa—. O supongo que también podrías besarme.

Lo observé boquiabierta.

—*¿Besarte?* —No me lo podía creer. Yo no besaba a desconocidos. Nunca. O, bueno, vale, no desde el alocado fin de semana de chicas de 2015. Pero esa había sido una situación completamente distinta. Una que involucraba cuentas de colores y una cantidad ingente de alcohol, sobre todo para cierta auditora de cuentas con una fecha de entrega a la vuelta de la esquina.

Sin embargo, una pequeña parte de mí (probablemente la parte que llevaba sin besar a nadie desde hacía más o menos un año y sin acostarse con nadie desde hacía siglos) se imaginó cómo sería besar a ese extraño desconocido. Estaba bueno, buenísimo, en realidad, aunque se comportase de una forma tan rara. La confianza que exudaba su postura, su forma de hablar, la manera en la que le ardían esos ojos azules intensos...

Estaba segura de que me besaría como si el mundo estuviese a punto de acabarse de un momento a otro.

Estaba segura de que sería *fantástico*.

Entonces alzó las manos frente a su rostro como si estuviese tratando de defenderse, como si pensase que mi silencio atónito en realidad se debía a que me sentía indignada por su propuesta.

—¡O no me beses! ¡También me vale! Verás, por eso te he pedido primero que te rías conmigo. Porque, aunque besar a una desconocida sería la manera perfecta de librarme de mis perseguidores, además de ser *increíblemente*

divertido, seamos sinceros, no nos conocemos de nada. Y parece bastante cabreada, así que supuse que sería mejor pedirte que fingieses estar pasándotelo en grande conmigo en vez de que me besases.

Estaba hablando tan rápido que apenas podía seguirle el ritmo. Tenía la extraña sensación de estar escuchando una canción reproducida al doble de velocidad. Me quedé mirándolo fijamente, estupefacta. Estaba claro que no pensaba besar a ese tipo, de ninguna manera, a pesar de haber tenido un momento de debilidad en el que me lo había planteado seriamente. Pero ¿reírme? ¿Cuando no había dicho nada divertido? Eso me parecía incluso más absurdo si cabe. Cuando todavía estudiaba en la Universidad de Chicago, me había apuntado a clases de interpretación durante un semestre, pero se me habían dado tan mal que me bajó la media del curso. Lo que decían sobre los contables era cierto: la mayoría no teníamos sentido del humor, y ya no hablemos de dotes de interpretación...

—No se me da bien actuar —admití.

—Estoy seguro de que puedes hacerlo.

—No cuando no tengo nada gracioso de lo que reírme.

El tipo me observó confuso.

—No tienes que *conseguir* nada, no hay ningún premio que ganar. Solo... tienes que reírte y ya.

De repente, me pareció tan genuinamente sincero que supe que me estaba diciendo la verdad, a pesar de vernos en medio de aquella extraña situación. Honestamente, no creía que pudiese ayudarlo, pero ¿qué

perdía por intentarlo aparte de unos preciosos minutos de más?

—Vale —murmuré. Respiré hondo y, un momento después, solté mi mejor risa falsa—: ¡Jajajajaja! ¡Jajajajaja! —grité, incluso aunque todo mi cuerpo permanecía rígido como una tabla y tenía las manos cerradas en puños a los costados, tensa y nerviosa—. ¡Ay, eres *tan gracioso!* —añadí en voz alta, para asegurarme de que colaba. Sonaba ridícula. Esperaba que ninguno de mis compañeros me hubiese oído o visto. Así no se comportaba una futura socia de la empresa.

Seguí con mi risa falsa y el tipo se quedó mirándome fijamente con los ojos como platos.

—Lo decías en serio —comentó en un murmullo incrédulo—. Esto se te da *fatal*.

Lo fulminé con la mirada.

—Ya te lo había dicho.

—Sí —concedió. Y entonces, un segundo después, echó la cabeza hacia atrás... y soltó una sonora carcajada.

Estaba segura de que cualquiera que pasase a nuestro lado en ese momento creería que le acababa de contar el chiste más gracioso que había oído en su vida. Todo su cuerpo vibraba al son de las carcajadas, y alzó la mano como si fuese a dejarla caer sobre mi hombro, pero en el último minuto se la llevó al abdomen como si necesitase aferrarse a algo para no caerse de bruces.

Puede que fuese falsa, pero la risa de aquel hombre era contagiosa. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, yo también me estaba riendo, de él, de lo ridículo que era todo aquello, incluso sin necesidad de que él

me lo pidiese. Y no era una risa falsa. De repente me sentía mucho más ligera, mucho más de lo que debería sentirme durante la temporada de impuestos, más de lo que me había sentido jamás con un completo desconocido.

Después de un rato, nuestras risas fueron disminuyendo. Nos quedamos callados durante unos minutos, sumidos en un silencio que solo se veía interrumpido por el omnipresente ruido del tráfico de Chicago. El tipo echó un vistazo a su espalda, igual que había hecho antes, observando de soslayo el lugar del que había venido corriendo. Y lo que vio esa vez, o lo que no vio, hizo que se relajase notablemente.

—Creo que ya me han perdido. —Se volvió de nuevo hacia mí—. Gracias, te debo una. —Y entonces, de repente, añadió con brusquedad—: ¿Eres contable, Amelia Collins?

—¿Cómo... cómo sabes cómo me llamo? ¿Y de qué trabajo? —tartamudeé. Un taxi pasó a nuestro lado, tocando el claxon con fuerza y salpicándome ligeramente al cruzar un enorme charco de nieve sucia y derretida. Lo ignoré y me aparté un mechón rebelde de la cara mientras trataba de mantener la calma.

El señor Imbécil del Sombrero de Fieltro se encogió de hombros.

—Se me da bien localizar a los contables. —Pero antes de que pudiese preguntarle qué quería decir con eso, una de las comisuras de sus labios se elevó hasta formar una especie de media sonrisa ladeada y engreída. Yo, desde luego, *no* me fijé en sus labios suaves y carnosos.

Entonces, con una risa sutil, señaló con un gesto de la cabeza el montón de documentos que se me habían sali-

do del maletín y que formaban una especie de montañita empapada de papel a mis pies. Seguí su mirada hacia allí y me sentí como una tonta.

—En la cabecera del documento pone «Declaraciones fiscales de la Fundación Wyatt» —señaló, aunque no fuese necesario, y una ligera ráfaga de viento meció el bajo de su gabardina—. Y en el pie de página pone «Amelia Collins». No sé mucho sobre..., bueno, sobre nada. Pero lo que sí que tengo claro es que las «declaraciones fiscales» siempre van de la mano de los «contables». Y he supuesto que esa tal «Amelia Collins» serías tú.

Maldita sea, *no* debería haberme parecido de lo más sexi al decir eso. Pero no pude evitar pensarlo. Tenía una voz profunda, vibrante y suave, y tan pecaminosa como unas sábanas de seda. Incluso aunque me estuviese acusando de algo tan mundano como de ser contable.

—Sí —admití, incluso más sonrojada que antes—. Esa soy yo.

Él esbozó una sonrisa de oreja a oreja que desapareció tan rápido como había llegado, como el rocío de la mañana al amanecer. Me estremecí por motivos que no tenían nada que ver con el frío aire de la noche.

Entonces el hombre carraspeó para aclararse la garganta.

—Tengo que irme. Pero, como tienes razón y que nos hayamos encontrado de esta manera tan brusca ha sido en parte culpa mía...

Sonreí burlona.

—¿*En parte?*

Él se encogió de hombros.

—Si no hubieses estado tan distraída, lo más probable es que me hubieses visto venir. Pero como, sí, en parte ha sido culpa mía...

Se arrodilló frente a mí y recogió los documentos que se me habían salido del maletín. Después se puso de nuevo de pie y me los tendió.

Estaban empapados, así que ya eran completamente inútiles. Aun así, los acepté, y las puntas de mis dedos rozaron con suavidad el dorso de sus manos en el proceso. No llevaba guantes y las tenía heladas, como témpanos.

Debía de llevar mucho tiempo paseando por la calle para haberse quedado tan frío.

—Gracias —repuse, y sentí que me faltaba el aliento.

—No hay de qué. —Entonces se irguió todo lo alto que era y se limpió las manos en las piernas—. Bueno, tengo que irme. Pero búscame si necesitas que te devuelva el favor. —Me guiñó un ojo—. Te debo una.

Claro que, en realidad, aquella era una promesa vacía. Porque no iba a volver a verlo. No sabía qué responder ante aquel comentario tan extraño, y menos viniendo de un completo desconocido.

Pero antes de que pudiese decir nada, él negó suavemente con la cabeza.

—Buena suerte con lo que sea que tengas que hacer y el motivo de que fueses corriendo distraída, Amelia Collins.

Y, dicho eso, se dio la vuelta y se alejó de mí a la carrera.

—Menudo bicho raro —murmuré. A esas alturas no había muchas cosas que me sorprendiesen, pero lo que quiera que hubiese ocurrido entre ese tipo y yo...

Fuera lo que fuese, había logrado sorprenderme.

Aunque no tenía tiempo como para quedarme parada dándole vueltas al tema. Tenía que tomar la línea marrón, asistir a una cena familiar y me quedaba mucho trabajo pendiente por hacer como para seguir malgastando mi tiempo pensando en ese extraño desconocido y en lo que su risa me había hecho sentir.